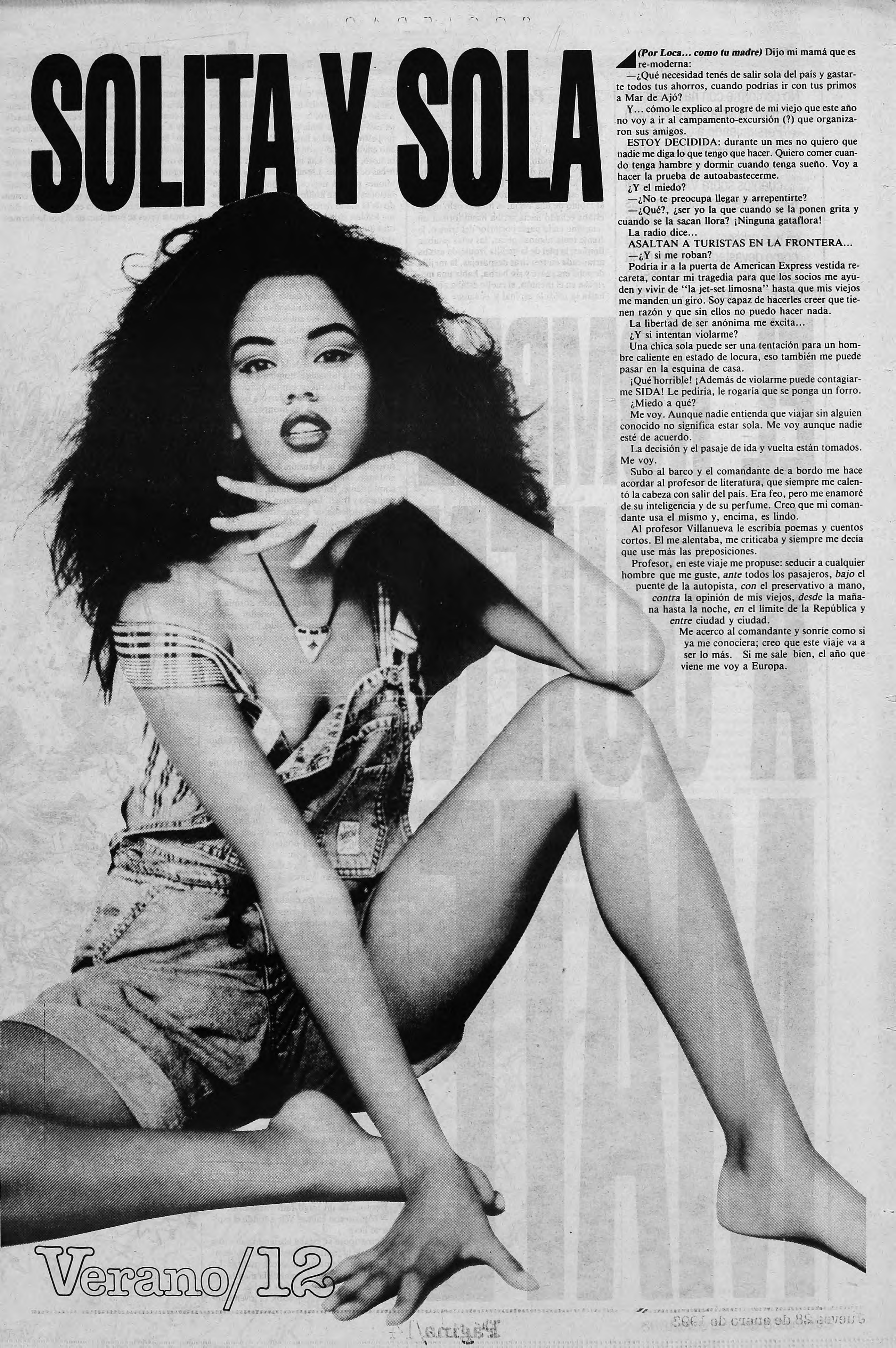
SOLITA Y SOLA



(Por Loca... como tu madre) Dijo mi mamá que es re-moderna:

—¿Qué necesidad tenés de salir sola del país y gastarte todos tus ahorros, cuando podrías ir con tus primos a Mar de Ajó?

Y... cómo le explico al progre de mi viejo que este año no voy a ir al campamento-excursión (?) que organizaron sus amigos.

ESTOY DECIDIDA: durante un mes no quiero que nadie me diga lo que tengo que hacer. Quiero comer cuando tenga hambre y dormir cuando tenga sueño. Voy a hacer la prueba de autoabastecerme.

¿Y el miedo?

—¿No te preocupa llegar y arrepentirte?

—¿Qué?, ¿ser yo la que cuando se la ponen grita y cuando se la sacan llora? ¡Ninguna gataflora!

La radio dice...

ASALTAN A TURISTAS EN LA FRONTERA...

—¿Y si me roban?

Podría ir a la puerta de American Express vestida recareta, contar mi tragedia para que los socios me ayuden y vivir de "la jet-set limosna" hasta que mis viejos me manden un giro. Soy capaz de hacerles creer que tienen razón y que sin ellos no puedo hacer nada.

La libertad de ser anónima me excita...

¿Y si intentan violarme?

Una chica sola puede ser una tentación para un hombre caliente en estado de locura, eso también me puede pasar en la esquina de casa.

¡Qué horrible! ¡Además de violarme puede contagiarme SIDA! Le pediría, le rogaría que se ponga un forro.

¿Miedo a qué?

Me voy. Aunque nadie entienda que viajar sin alguien conocido no significa estar sola. Me voy aunque nadie esté de acuerdo.

La decisión y el pasaje de ida y vuelta están tomados. Me voy.

Subo al barco y el comandante de a bordo me hace acordar al profesor de literatura, que siempre me calentó la cabeza con salir del país. Era feo, pero me enamoré de su inteligencia y de su perfume. Creo que mi comandante usa el mismo y, encima, es lindo.

Al profesor Villanueva le escribía poemas y cuentos cortos. El me alentaba, me criticaba y siempre me decía que use más las preposiciones.

Profesor, en este viaje me propuse: seducir a cualquier hombre que me guste, *ante* todos los pasajeros, *bajo* el puente de la autopista, *con* el preservativo a mano, *contra* la opinión de mis viejos, *desde* la mañana hasta la noche, *en* el límite de la República y *entre* ciudad y ciudad.

Me acerco al comandante y sonríe como si ya me conociera; creo que este viaje va a ser lo más. Si me sale bien, el año que viene me voy a Europa.



No conforme con haber escrito la mejor novela sobre Vietnam —"Persiguiendo a Cacciato"— el ex combatiente Tim O'Brien compuso el mejor libro de cuentos sobre Vietnam —el recientemente aparecido "Las cosas que llevaban"— en el que se nos presenta una tan íntima como devastadora visión de la guerra donde la omnipresente muerte es el único gran personaje.

EL HOMBRE A QUIEN MATÉ



Por Tim O'Brien

Tenía la mandíbula en la garganta, el labio y los dientes superiores habían desaparecido, un ojo estaba cerrado, el otro era un agujero en forma de estrella, las cejas eran finas y arqueadas como las de una mujer, la nariz estaba intacta, había una gota leve en el lóbulo de una oreja, el limpio pelo negro estaba echado hacia arriba hasta formar un remolino en la parte posterior del cráneo, la frente tenía algunas pecas, las uñas estaban limpias, la piel de la mejilla izquierda estaba arrancada en tres tiras desparejas, la mejilla derecha era suave y sin barba, había una mariposa en el mentón, el cuello estaba abierto hasta la médula espinal y la sangre allí era densa y brillante y ésa era la herida que lo había matado. Estaba tendido boca arriba en medio del sendero, un joven delgado, muerto, casi delicado. Tenía piernas huesudas, cintura estrecha, dedos largos y elegantes. El pecho era hundido y con poco músculo: un estudioso, tal vez. Las muñecas eran las muñecas de un niño. Llevaba camisa negra, pantalones pijama negros, un cinturón de municiones gris, un anillo de oro en el tercer dedo de la mano derecha. Las sandalias de goma habían volado. Una estaba junto a él, la otra unos metros más allá, en el sendero. Tal vez había nacido en 1946 en la aldea de My Khe cerca de la costa central de la provincia de Quang Ngai, donde los padres trabajaban la tierra, y donde la familia había vivido durante varios siglos, y donde, durante la época de los franceses, el padre y dos tíos y muchos vecinos se habían unido a la lucha por la independencia. No era comunista. Era ciudadano y soldado. En la aldea de My Khe, como en toda Quang Ngai, la resistencia patriótica tenía la fuerza de la tradición, que era en parte la fuerza de la leyenda, y desde la más tierna infancia el hombre a quien maté había oído historias sobre las heroicas hermanas Trung y la famosa derrota que Trang Hung Dao infligió a los mongoles y la victoria final de Le Loi contra los chinos en Tot Dong. Le habían enseñado que defender la tierra era el deber más alto y el mayor privilegio de un hombre. Lo aceptaba. Nunca estuvo abierto a la discusión. Secretamente, sin embargo, también le daba miedo. No era un combatiente. Tenía mala salud, el cuerpo era pequeño y frágil. Le gustaban los libros. Quería ser profesor de matemáticas algún día. Por la noche, tendido sobre la estera, no podía imaginarse llevando a cabo los actos valientes del padre, o de los tíos, o de los héroes de las historias. Esperaba con el corazón que nunca lo pusieran a prueba. Esperaba que los norteamericanos se fueran. Pronto, esperaba. Seguía esperando y esperando, siempre, incluso cuando dormía.

—Oh, viejo, jodiste al jodedor —dijo Azar—. Lo desparramaste todo, fijate en eso, lo hiciste, lo desparramaste como maldito maíz molido.

—Vete —dijo Kiowa.

—Sólo estoy diciendo la verdad. Como maíz para el desayuno.

—Vete —dijo Kiowa.

—De acuerdo, entonces, me borro —dijo Azar. Empezó a apartarse, después se detuvo y dijo—: como el Rice Krispies, ¿sabes? En el ranking de estar muerto, este individuo ocupa el lugar A.

Sonriendo ante la frase, se encogió de hombros y enfiló por el sendero hacia la aldea que estaba tras los árboles.

Kiowa se agachó.

—Olvídate de esa bestia —dijo. Abrió la cantimplora y la tendió por un momento y después suspiró y la retiró—. No hay drama, viejo. ¿Qué otra cosa podías hacer?

Más tarde Kiowa dijo:

—Hablo en serio. No había nada que nadie pudiera hacer. Vamos, Tim, deja de mirar así.

El cruce de senderos estaba sombreado por una hilera de árboles y arbustos altos. El delgado muchacho estaba tendido con las piernas a la sombra. La mandíbula estaba en la garganta. Un ojo estaba cerrado y el otro tenía un agujero en forma de estrella.

Kiowa le dio un vistazo al cuerpo.

—Está bien, déjame hacerte una pregunta —dijo—. ¿Quieres cambiar de lugar con él? Dale la vuelta al asunto: ¿quieres eso? Quiero decir, con honestidad.

El agujero en forma de estrella era rojo y amarillo. La parte amarilla parecía ir ampliándose, desplegándose hacia el centro de la estrella. El labio superior y la encía y los dientes habían desaparecido. La cabeza del hombre estaba acomodada en un ángulo erróneo, como si estuviera suelta en el cuello, y el cuello estaba mojado de sangre.

—Piénsalo —dijo Kiowa.

Después, más tarde, dijo:

—Tim, es una guerra. El tipo no era Heidi: tenía un arma, ¿correcto? Es duro, desde luego, pero tienes que dejar de mirar.

Después dijo:

—Tal vez lo mejor es que te tiendas unos minutos.

Después de un largo rato vacío dijo:

—Tómalo con calma. Vete adonde el espíritu te lleve.

La mariposa se estaba abriendo camino a lo largo de la frente del muchacho, que estaba salpicada de pequeñas pecas oscuras. La nariz estaba intacta. La piel de la mejilla derecha era suave y tersa y sin barba. De aspecto frágil, huesos delicados, el joven nunca había querido ser soldado y en el corazón había temido actuar mal en la batalla. Incluso como muchacho que crecía en la aldea de My Khe se había preocupado a menudo por eso. Se imaginaba cubriéndose la cabeza y tendido en un agujero profundo y cerrando los ojos para quedarse sin moverse hasta que la guerra terminara. No tenía estómago para la violencia. Le encantaban las matemáticas. Las cejas eran finas y arqueadas como las de una mujer, y en la escuela los muchachos a veces se burlaban de él por lo hermo-



No conforme con haber escrito la mejor novela sobre Vietnam —"Persiguiendo a Cacciato"— el ex combatiente Tim O'Brien compuso el mejor libro de cuentos sobre Vietnam —el recientemente aparecido "Las cosas que llevaban"— en el que se nos presenta una tan íntima como devastadora visión de la guerra donde la omnipresente muerte es el único gran personaje.

EL HOMBRE A QUIEN MATE

Por Tim O'Brien

Tenía la mandíbula en la garganta, el labio y los dientes superiores habían desaparecido, un ojo estaba cerrado, el otro era un agujero en forma de estrella, las cejas eran finas y arqueadas como las de una mujer, la nariz estaba intacta, había una gota leve en el lóbulo de una oreja, el limpio pelo negro estaba echado hacia arriba hasta formar un remolino en la parte posterior del cráneo, la frente tenía algunas pecas, las uñas estaban limpias, la piel de la mejilla izquierda estaba arrancada en tres tiras desparejas, la mejilla derecha era suave y sin barba, había una mariposa en el mentón, el cuello estaba abierto hasta la médula espinal y la sangre allí era densa y brillante y ésa era la herida que lo había matado. Estaba tendido boca arriba en medio del sendero, un joven delgado, muerto, casi delicado. Tenía piernas huesudas, cintura estrecha, dedos largos y elegantes. El pecho era hundido y con poco músculo: un estudioso, tal vez. Las muñecas eran las muñecas de un niño. Llevaba camisa negra, pantalones pijama negros, un cinturón de municiones gris, un anillo de oro en el tercer dedo de la mano derecha. Las sandalias de goma habían volado. Una estaba junto a él, la otra unos metros más allá, en el sendero. Tal vez había nacido en 1946 en la aldea de My Khe cerca de la costa central de la provincia de Quang Ngai, donde los padres trabajaban la tierra, y donde la familia había vivido durante varios siglos, y donde, durante la época de los franceses, el padre y dos tíos y muchos vecinos se habían unido a la lucha por la independencia. No era comunista. Era ciudadano y soldado. En la aldea de My Khe, como en toda Quang Ngai, la resistencia patriótica tenía la fuerza de la tradición, que era en parte la fuerza de la leyenda, y desde la más tierna infancia el hombre a quien maté había oído historias sobre las heroicas hermanas Trung y la famosa derrota que Trang Hung Dao infligió a los mongoles y la victoria final de Le Loi contra los chinos en Tot Dong. Le habían enseñado que defender la tierra era el deber más alto y el mayor privilegio de un hombre. Lo aceptaba. Nunca estuvo abierto a la discusión. Secretamente, sin embargo, también le daba miedo. No era un combatiente. Tenía mala salud, el cuerpo era pequeño y frágil. Le gustaban los libros. Quería ser profesor de matemáticas algún día. Por la noche, tendido sobre la estera, no podía imaginarse llevando a cabo los actos valientes del padre, o de los tíos, o de los héroes de las historias. Esperaba con el corazón que nunca lo pusieran a prueba. Esperaba que los norteamericanos se fueran. Pronto, esperaba. Seguía esperando y esperando, siempre, incluso cuando dormía.

—Oh, viejo, jodiste al jodedor —dijo Azar—. Lo desparramaste todo, fíjate en eso, lo hiciste, lo desparramaste como maldito maíz molido.

—Vete —dijo Kiowa.

—Sólo estoy diciendo la verdad. Como maíz para el desayuno.

—Vete —dijo Kiowa.

—De acuerdo, entonces, me borro —dijo Azar. Empezó a apartarse, después se detuvo y dijo—: como el Rice Krispies, ¿sabes? En el ranking de estar muerto, este individuo ocupa el lugar A.

Sonriendo ante la frase, se encogió de hombros y enfiló por el sendero hacia la aldea que estaba tras los árboles.

Kiowa se agachó.

—Olvídate de esa bestia —dijo. Abrió la cantimplora y la tendió por un momento y después suspiró y la retiró—. No hay drama, viejo. ¿Qué otra cosa podías hacer?

Más tarde Kiowa dijo:

—Hablo en serio. No había nada que nadie pudiera hacer. Vamos, Tim, deja de mirar así.

El cruce de senderos estaba sombreado por una hilera de árboles y arbustos altos. El delgado muchacho estaba tendido con las piernas a la sombra. La mandíbula estaba en la garganta. Un ojo estaba cerrado y el otro tenía un agujero en forma de estrella.

Kiowa le dio un vistazo al cuerpo.

—Está bien, déjame hacerte una pregunta —dijo—. ¿Quieres cambiar de lugar con él? Dale la vuelta al asunto: ¿quieres eso? Quiero decir, con honestidad.

El agujero en forma de estrella era rojo y amarillo. La parte amarilla parecía ir ampliándose, desplegándose hacia el centro de la estrella. El labio superior y la encía y los dientes habían desaparecido. La cabeza del hombre estaba acomodada en un ángulo erróneo, como si estuviera suelta en el cuello, y el cuello estaba mojado de sangre.

—Piénsalo —dijo Kiowa.

Después, más tarde, dijo:

—Tim, es una guerra. El tipo no era Heidi: tenía un arma, ¿correcto? Es duro, desde luego, pero tienes que dejar de mirar.

Después dijo:

—Tal vez lo mejor es que te tiendas unos minutos.

Después de un largo rato vacío dijo:

—Tómalo con calma. Vete adonde el espíritu te lleve.

La mariposa se estaba abriendo camino a lo largo de la frente del muchacho, que estaba salpicada de pequeñas pecas oscuras. La nariz estaba intacta. La piel de la mejilla derecha era suave y tersa y sin barba. De aspecto frágil, huesos delicados, el joven nunca había querido ser soldado y en el corazón había temido actuar mal en la batalla. Incluso como muchacho que crecía en la aldea de My Khe se había preocupado a menudo por eso. Se imaginaba cubriéndose la cabeza y tendido en un agujero profundo y cerrando los ojos para quedarse sin moverse hasta que la guerra terminara. No tenía estómago para la violencia. Le encantaban las matemáticas. Las cejas eran finas y arqueadas como las de una mujer, y en la escuela los muchachos a veces se burlaban de él por lo hermoso que era, las cejas arqueadas y los dedos largos y elegantes, y en el patio del recreo imitaban el modo de caminar de una mujer y se mofaban de la piel tersa y el amor por las matemáticas. No podía obligarse a pelear con ellos. A menudo deseaba hacerlo, pero le daba miedo, y eso aumentaba la vergüenza. Si no podía pelear con chicos, pensaba, ¿cómo podía llegar a ser soldado alguna vez y luchar contra los norteamericanos con los aviones y los helicópteros y las bombas? No parecía posible. En presencia del padre y los tíos, fingía estar ansioso por cumplir con el deber patriótico, que era además un privilegio, pero por la noche rezaba con la madre porque la guerra terminara pronto. Por encima de todo, temía ser una deshonra para sí mismo, y por lo tanto para la familia y la aldea. Pero todo lo que podía hacer, sin embargo, era esperar y rezar y tratar de no crecer demasiado pronto.

—Escúchame —dijo Kiowa—. Te sientes horrible, lo sé.

Después dijo:

—Está bien, tal vez no lo sé.

A lo largo del sendero había pequeñas flores azules con forma de campanillas. La cabeza del muchacho estaba torcida de costado, sin enfrentar del todo las flores, y aunque se encontraba a la sombra, una hoja única de luz solar refulgía contra la hebilla del cinturón de municiones. La mejilla izquierda estaba pelada hacia atrás en tres tiras desparejas. Las heridas del cuello aún no se habían coagulado, lo que lo hacía parecer animado incluso en la muerte, con la sangre aún desparramándose por la camisa.

Kiowa sacudió la cabeza.

Hubo cierto silencio antes de que dijera:

—Deja de mirar.

Las uñas del muchacho estaban limpias. Había una gota leve en el lóbulo de una oreja, una salpicadura de sangre en el antebrazo. Llevaba un anillo de oro en el tercer dedo de la mano derecha. El pecho era hundido y con poco músculo: un estudioso, tal vez. Durante años, a pesar de la pobreza de la familia, el hombre a quien maté había estado decidido a continuar su educación en matemáticas. Los medios para ello tal vez se habían arreglado mediante los cuadros de liberación de la aldea, y en 1964 el joven empezó a asistir a clases en la universidad de Saigón, donde evitó la política y prestó atención al problema del cálculo. Se dedicó al estudio. Pasaba las noches solo, escribía poemas románticos en su diario íntimo, le daban placer la gracia y la belleza de las ecuaciones diferenciales. Sabía que la guerra al fin lo llevaría, pero por el momento no se permitía pensar en eso. Había dejado de rezar; en vez de eso ahora esperaba. Y mientras esperaba, en el último año de universidad, se enamoró de una compañera de estudios, una muchacha de diecisiete años, que un día le dijo que sus muñecas eran como las muñecas de un niño, tan pequeñas y delicadas, y que admiraba su cintura estrecha y el remolino que se alzaba como la cola de un pájaro en la parte posterior de la cabeza. Le gustaba el modo sereno de ser del muchacho, se reía de las pecas y de las piernas huesudas. Una noche, tal vez intercambiaron anillos de oro.

Ahora un ojo era una estrella.

—¿Estás bien? —dijo Kiowa.

El cuerpo estaba casi por entero en la sombra. Había jejenes en la boca, partículas de polen vagando encima de la nariz. Había dejado de sangrar, salvo las heridas del cuello. La mariposa se había ido.

Kiowa recogió las sandalias de goma, les quitó la suciedad, después se agachó para revisar el cuerpo. Encontró una bolsita de arroz, un peine, un cortauñas, unas pocas piastras sucias, una instantánea de una muchacha parada ante una motocicleta estacionada. Kiowa colocó aquellos objetos en su mochila junto con el cinturón de municiones gris y las sandalias de goma.

Después se agachó.

—Te diré la pura verdad —dijo—. El tipo estaba muerto en cuanto pisó el sendero. ¿Me entiendes? Todos lo teníamos en la mira. Una buena presa: arma, munición, todo. —Minúsculas gotas de sudor brillaban en la frente de Kiowa. Los ojos pasaron del cielo al cuerpo del hombre muerto, a los nudillos de su propia mano—. Así que escucha, tienes que recobrarte, carajo. No puedes quedarte sentado aquí todo el día.

Más tarde dijo:

—¿Entiendes?

Después dijo:

—Cinco minutos, Tim. Cinco minutos más y seguimos adelante.

El ojo único hizo un truco extraño de cambio: pasó de rojo a amarillo. La cabeza estaba retorcida de costado, como si estuviera suelta en el cuello, y el muchacho muerto parecía estar mirando un objeto lejano más allá de las flores en forma de campanillas del sendero. La sangre del cuello había pasado a un profundo negro purpúreo. Uñas limpias, cabello limpio: había sido soldado por un solo día. Después de los años en la universidad, el hombre a quien maté regresó con la esposa nueva a la aldea de My Khe, donde se enroló como riflero común en el 48 batallón Vietcong. Sabía que moriría con rapidez. Sabía que vería un relámpago de luz. Sabía que caería muerto y despertaría en las historias de su aldea y de su pueblo.

Kiowa cubrió el cuerpo con un poncho.

—Eh, Tim, se te ve mejor —dijo—. No hay duda al respecto. Todo lo que necesitabas era tiempo: un poco de R&R mental.

Después dijo:

—Viejo, lo siento.

Después, más tarde, dijo:

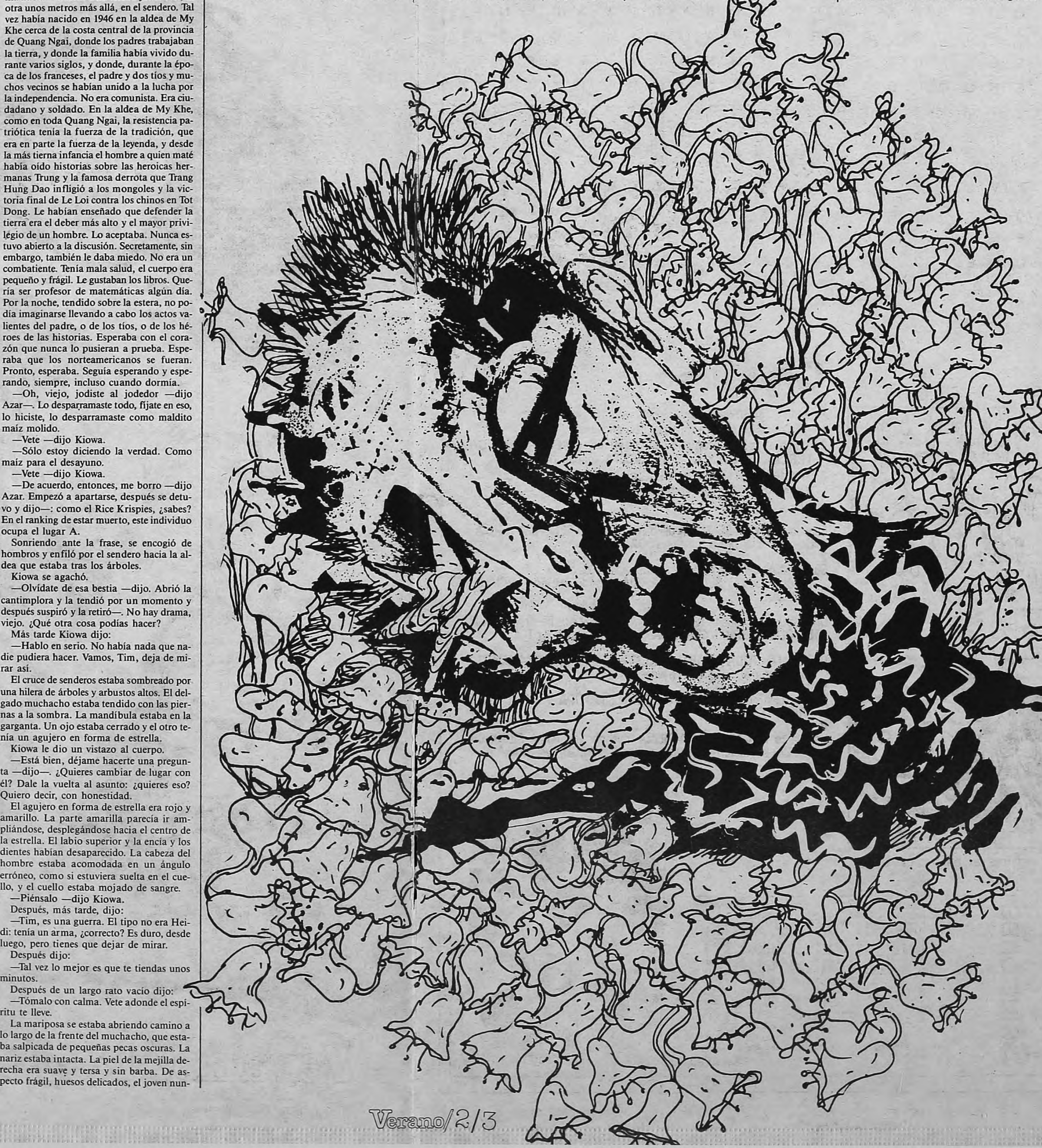
—¿Por qué no hablas del asunto?

Después dijo:

—Vamos, viejo, habla.

Era un muchacho delgado, muerto, casi delicado, de unos veinte años. Estaba tendido con una pierna doblada debajo de él, la mandíbula en la garganta, la cara ni expresiva ni inexpresiva. Un ojo estaba cerrado. El otro era un agujero en forma de estrella.

—Háblame —dijo Kiowa.



Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Sudamericana.

Jueves 28 de enero de 1993

so que era, las cejas arqueadas y los dedos largos y elegantes, y en el patio del recreo imitaban el modo de caminar de una mujer y se mofaban de la piel tersa y el amor por las matemáticas. No podía obligarse a pelear con ellos. A menudo deseaba hacerlo, pero le daba miedo, y eso aumentaba la vergüenza. Si no podía pelear con chicos, pensaba, ¿cómo podía llegar a ser soldado alguna vez y luchar contra los norteamericanos con los aviones y los helicópteros y las bombas? No parecía posible. En presencia del padre y los tíos, fingía estar ansioso por cumplir con el deber patriótico, que era además un privilegio, pero por la noche rezaba con la madre porque la guerra terminara pronto. Por encima de todo, temía ser una deshonra para sí mismo, y por lo tanto para la familia y la aldea. Pero todo lo que podía hacer, sin embargo, era esperar y rezar y tratar de no crecer demasiado pronto.

—Escúchame —dijo Kiowa—. Te sientes horrible, lo sé.

Después dijo:

—Está bien, tal vez no lo sé.

A lo largo del sendero había pequeñas flores azules con forma de campanillas. La cabeza del muchacho estaba torcida de costado, sin enfrentar del todo las flores, y aunque se encontraba a la sombra, una hoja única de luz solar refulgía contra la hebilla del cinturón de municiones. La mejilla izquierda estaba pelada hacia atrás en tres tiras desparejas. Las heridas del cuello aún no se habían coagulado, lo que lo hacía parecer animado incluso en la muerte, con la sangre aún desparramándose por la camisa.

Kiowa sacudió la cabeza.

Hubo cierto silencio antes de que dijera:

—Deja de mirar.

Las uñas del muchacho estaban limpias. Había una gota leve en el lóbulo de una oreja, una salpicadura de sangre en el antebrazo. Llevaba un anillo de oro en el tercer dedo de la mano derecha. El pecho era hundido y con poco músculo: un estudioso, tal vez. Durante años, a pesar de la pobreza de la familia, el hombre a quien maté había estado decidido a continuar su educación en matemáticas. Los medios para ello tal vez se habían arreglado mediante los cuadros de liberación de la aldea, y en 1964 el joven empezó a asistir a clases en la universidad de Saigón, donde evitó la política y prestó atención al problema del cálculo. Se dedicó al estudio. Pasaba las noches solo, escribía poemas románticos en su diario íntimo, le daban placer la gracia y la belleza de las ecuaciones diferenciales. Sabía que la guerra al fin lo llevaría, pero por el momento no se permitía pensar en eso. Había dejado de rezar; en vez de eso ahora esperaba. Y mientras esperaba, en el último año de universidad, se enamoró de una compañera de estudios, una muchacha de diecisiete años, que un día le dijo que sus muñecas eran como las muñecas de un niño, tan pequeñas y delicadas, y que admiraba su cintura estrecha y el remolino que se alzaba como la cola de un pájaro en la parte posterior de la cabeza. Le gustaba el modo sereno de ser del muchacho, se reía de las pecas y de las piernas huesudas. Una noche, tal vez intercambiaron anillos de oro.

Ahora un ojo era una estrella.

—¿Estás bien? —dijo Kiowa.

El cuerpo estaba casi por entero en la sombra. Había jejenes en la boca, partículas de polen vagando encima de la nariz. Había dejado de sangrar, salvo las heridas del cuello. La mariposa se había ido.

Kiowa recogió las sandalias de goma, les quitó la suciedad, después se agachó para revisar el cuerpo. Encontró una bolsita de arroz, un peine, un cortauñas, unas pocas piastras sucias, una instantánea de una muchacha parada ante una motocicleta estacionada. Kiowa colocó aquellos objetos en su mochila junto con el cinturón de municiones gris y las sandalias de goma.

Después se agachó.

—Te diré la pura verdad —dijo—. El tipo estaba muerto en cuanto pisó el sendero. ¿Me entiendes? Todos lo teníamos en la mira. Una buena presa: arma, munición, todo. —Minúsculas gotas de sudor brillaban en la frente de Kiowa. Los ojos pasaron del cielo al cuerpo del hombre muerto, a los nudillos de su propia mano—. Así que escucha, tienes que recobrarte, carajo. No puedes quedarte sentado aquí todo el día.

Más tarde dijo:

—¿Entiendes?

Después dijo:

—Cinco minutos, Tim. Cinco minutos más y seguimos adelante.

El ojo único hizo un truco extraño de cambio: pasó de rojo a amarillo. La cabeza estaba retorcida de costado, como si estuviera suelta en el cuello, y el muchacho muerto parecía estar mirando un objeto lejano más allá de las flores en forma de campanillas del sendero. La sangre del cuello había pasado a un profundo negro purpúreo. Uñas limpias, cabello limpio: había sido soldado por un solo día. Después de los años en la universidad, el hombre a quien maté regresó con la esposa nueva a la aldea de My Khe, donde se enroló como riflero común en el 48 batallón Vietcong. Sabía que moriría con rapidez. Sabía que vería un relámpago de luz. Sabía que caería muerto y despertaría en las historias de su aldea y de su pueblo.

Kiowa cubrió el cuerpo con un poncho.

—Eh, Tim, se te ve mejor —dijo—. No hay duda al respecto. Todo lo que necesitabas era tiempo: un poco de R&R mental.

Después dijo:

—Viejo, lo siento.

Después, más tarde, dijo:

—¿Por qué no hablas del asunto?

Después dijo:

—Vamos, viejo, habla.

Era un muchacho delgado, muerto, casi delicado, de unos veinte años. Estaba tendido con una pierna doblada debajo de él, la mandíbula en la garganta, la cara ni expresiva ni inexpresiva. Un ojo estaba cerrado. El otro era un agujero en forma de estrella.

—Háblame —dijo Kiowa.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Sudamericana.



Juegos

Sopa de letras

X	A	E	L	O	V	N	O	L	A	B	Y	E	K	C	O	H	K	L	P	U	I	O	M	S	I	T	E	L	T	A
V	A	L	P	I	N	I	S	M	O	G	F	S	D	X	J	A	H	C	U	L	B	Y	T	R	E	S	D	H	N	P
X	E	J	C	V	S	I	N	E	T	F	J	L	O	U	C	L	R	T	H	P	A	O	M	S	I	L	C	I	C	S
X	F	L	E	D	F	R	T	O	S	C	E	A	D	D	F	T	O	N	A	M	N	O	L	A	B	C	L	P	S	D
S	U	X	A	D	V	Z	A	E	E	H	U	O	C	D	S	E	E	G	J	K	L	M	N	B	V	L	X	I	U	R
Z	T	X	V	G	R	C	S	A	C	T	Y	R	S	R	T	R	J	L	N	O	I	C	A	T	A	N	B	C	F	D
S	B	E	H	Y	U	E	J	F	N	F	C	D	A	J	K	O	A	D	G	N	M	B	D	S	C	S	D	A	U	Y
E	O	T	C	D	S	R	Z	B	O	D	F	L	V	B	N	F	N	W	A	T	E	R	P	O	L	O	C	V	B	Y
X	L	A	T	H	U	D	S	Y	L	V	L	H	Y	D	S	I	I	M	L	Y	F	D	Y	O	L	L	C	V	T	E
X	S	R	S	F	K	I	R	S	A	I	F	G	A	E	A	L	T	K	U	Y	T	R	Y	N	O	O	V	A	E	R
X	C	A	N	M	O	E	X	O	B	E	I	S	B	O	L	I	A	N	I	O	P	T	G	Y	R	B	N	X	Z	A
X	C	K	T	Y	X	S	I	O	U	A	E	I	O	T	R	A	P	L	O	M	S	I	N	I	R	A	M	B	U	S

► Localice en la SOPA 25 nombres de deportes.

Los ocho errores



► El dibujante ha cometido ocho errores al copiar el dibujo. Intente localizarlos.

Charadas

► Este es su mecanismo:

1.º TODA es la palabra que hay que encontrar.

2.º La palabra se descompone en sus sílabas (PRIMA, SEGUNDA, TERCIA, CUARTA, QUINTA, SEXTA, etcétera).

3.º Con todas las sílabas y con la palabra completa se forman las frases con la clave de la charada.

1.
Este tío se **PRIMA-SEGUNDA** del barco como una **SEGUNDA-TERCIA** y dice que es tan bravo como un **TODA.**

2.
Sube **PRIMA** barco el **TODA**, en estas revistas los oficiales se ponen nerviosos y todo lo **SEGUNDA-TERCIA**, todo lo **PRIMA-TERCIA-SEGUNDA**.

3.
Un destructor de buena **TERCIA-CUARTA**, que puede medirse **SEGUNDA-QUINTA PRIMA SEGUNDA-QUINTA** con cualquier **TODA.**

4.
Gritaba el de **TODA ¡CUARTA-TERCIA** el bote de un **PRIMA-CUARTA**, que el barco se **SEGUNDA** a pique!

5.
Busqué bien con **SEGUNDA-TERCIA** por la **TODA** y no encontré ni **PRIMA-TERCIA.**

6.
Un cuadro **TERCIA-CUARTA-PRIMA**, mientras los **TODA SEGUNDA-TERCIA** sus barcos, Nelson está herido y **SEGUNDA-PRIMA** en su camarote.

Soluciones



CHARADAS:
1. Pirata. 2. Almirante. 3. Acorazado. 4. Salvamento. 5. Chalupa. 6. Comandantes.

LOS 8 ERRORES: